

GLENDA es una cubana, entre tímida e inteligente, que trabaja en Madrid y vivió intensamente la Revolución en su país. Compensada y serena, no responde al retrato que Truman Capote hizo de Elizabeth Taylor «una persona de un gran extremismo emocional», aunque esta habanera hoy se vea sacudida por el impacto que le ha supuesto la desaparición del Comandante en Jefe.

«Muchos creíamos que, de alguna manera, la muerte de Fidel ya había pasado, pero cuando se recibe la noticia, se sacuden emociones y recuerdos. Para los cubanos, toda una vida bajo los ideales de la Revolución, sin proyectos de vida de ningún tipo (no se puede comprar una casa ni se puede viajar, no puedes comer esto o lo

otro), es realmente duro...».

Y entonces vino al recuerdo aquella fría mañana de otoño cuando Arias Navarro, «Españoles... Franco ha muerto», certificó en la televisión en blanco y negro la muerte del Generalísimo (5:25 horas del 20 de noviembre de 1975). Cuarenta y un años después, Raúl Castro, con voz temblorosa, un uniforme militar y rodeado de retratos y fotografías de familia,

LUIS SÁNCHEZ-MERLO

FIDEL MURIÓ EN LA CAMA

daba a los cubanos la extraordinaria reseña de la muerte de Fidel (a las 22:29 horas del 25 de noviembre de 2016). Con 90 años, despedido del chándal y con la moringa a buen recaudo, en su casa de Jaimanitas, un antiguo campo de golf que fue feudo de la alta aristocracia cubana, en los tiempos del 'negro' (Fulgencio) Batista.

Glenda se dispara, sin atajos, en su cavilación de la Revolución: «Un

mito con colmillos, una 're involución', siempre hacia atrás pero haciendo ver que iba hacia delante, una ilusión óptica que hizo que muchos cubanos se plantearan vivir fuera de la isla. Ese era el verdadero proyecto de vida. Las opciones eran: o te casas con un extranjero, o te vas a una misión internacionalista fuera de Cuba, o te tiras al mar. Esta última fue la peor de las pesadillas de algunos cubanos».

Cuando uno se interesa por los valores que han dado prestigio a la mitología revolucionaria, Glenda reconoce que no todo son sombras pues «forjó el temple de muchos cubanos, nos hizo ilusionarnos, nos enseñó a disfrutar con nada, a vivir con alegría pequeños momentos festejando cualquier cosa, teniendo solo música, sin nada que beber. Nos hizo fuertes».

La joven 'revolucionaria', ahora ejecutiva en una firma alemana al Ibex-35, conoció la dureza del trabajo en el campo, porque el sistema educativo así lo requería, «trabajamos en la construcción, porque se nos exigían largas metas de trabajo voluntario en las obras que se hacían en la ciudad; la mayoría empuñamos un arma porque el imperialismo norteamericano siempre -nos decían- estaba al acecho y te-

níamos que estar preparados y entrenamos militarmente».

Tras la furibunda declaración de Trump, «ha muerto un brutal dictador» que arruina la apertura de Obama, y el júbilo iracundo de Gloria Estefan en Miami, «el exilio no está celebrando su muerte sino el fracaso de su ideología destructiva», se desvanece la esperanza del final del embargo y el llamado de Silvio Rodríguez: 'Cuba sí, yanquis también'.

La emoción va embargando el relato y Glenda rompe a llorar: «Hemos estudiado, hemos hecho muchas cosas en poco tiempo, vivías para tener el derecho a esforzarte, pero la Revolución era una continua rectificación, se admitían los errores y cambiaba a una opción cada vez más disparatada. Se tenía la sensación de que la

meta era inalcanzable. Trabajabas y luchabas para conseguir... la nada. No había punto y final, sino punto y para atrás».

No es condescendiente con la figura de Fidel, «profeta del sacrificio interminable». Y emite su juicio final: «Su mérito consistía en emocionarnos, saber llevar una mentira, ciertamente con empaque de actor hasta hacerla parecer una verdad. Y es en el plano emotivo donde Fidel se desenvolvía magistralmente. Era un 'convencedor', un seductor. Después, si desobedecías venían los verdugos, pero sus manos permanecían limpias. Un intelectual de la represión».

En la lluviosa tarde de Madrid, Glenda traza el epitafio, con la ira de la épica: «La lucha era la recompensa. Yo no hubiese renegado de esta vida pues, al final, todo lo que

soy fue por lo que viví, luché y aprendí con la Revolución».

Como en el caso español y, «desde la ley a la ley», los cubanos tienen por delante una transición, esta vez más larga, en la que a continuistas, reformistas y rupturistas no les queda otro remedio que ir trenzando acuerdos que terminen de deshacer la cama de Fidel.

En las antipodas ideológicas, Franco y Castro, mantuvieron una buena relación personal, cercenaron la democracia y murieron sin violencia. Eso desbarata la idea de que a las dictaduras se las derriba y no se las desmonta de manera pacífica, pues el Comandante en Jefe, como el Generalísimo, murió en la cama.

Glenda cuenta que los cubanos decían: «Fidel no se cae ni de la cama». Al final tenían razón.